

la acertada y discreta direccion de aquella gran señora, de la cual se dice en una escritura del año 974 que si era muger por el sexo, merecia por su santa vida é ilustres obras el nombre de varon.»

Hoy en vano busca el historiador el sepulcro donde reposan los restos de esta célebre española, y solo resta de la antigua iglesia de San Salvador de *Palaz de Rey*, en la plaza llamada del Conde de Luna en Leon, reducido templo de tres naves bajas en que todo arguye pobreza mas que antigüedad, modernamente renovado, allí donde Ramiro II, construyó un monasterio junto á su Real palacio para que Elvira consagrarse á Dios su virginidad, y desde donde la piadosa princesa rigió prudentemente el cetro de Ramiro III.

RADHIYA y LOBNA.

I.

Si las creencias como las opiniones políticas, suelen cegar de tal manera la clara razon de los hombres, que no les permiten ver en los que juzgan sus contrarios ni cualidad buena, ni accion que merezca alabanza, cuando atravesando los sucesos á través del tiempo, entran en el dominio de la justa y severa historia, son juzgados con imparcialidad los que fueron enemigos, y reciben sus acciones el vituperio ó la alabanza de que se hicieran dignas.

No es estraño que los cronistas é historiadores de los siglos en que España era teatro de una gigante lucha entre dos razas enemigas, apenas usen otro dictado que el de bárbaros para nombrar á los dominadores árabes; pero concluido aquel periodo de lucha, la historia se complace en consignar la ilustracion del pueblo que dió al imperio árabe-hispano califas como los Abderrahmanes I y III, y Alhakem II.

Comprendiendo los dos últimos que sin la unidad de miras y de accion es imposible el engrandecimiento de los Estados, se dedicaron á concluir con las guerras interiores, que venian destrozando desde su creacion el imperio islamita, y consiguiendo que recobrase aquella unidad rota hacia cerca de doscientos años, se dedicaron á proteger las artes, las ciencias y las letras, segura base de la prosperidad de las naciones.

No puede recordarse el nombre de Abderrahman III, sin que acuda á la memoria el de Medina Zahara con sus mármoles y jaspes, sus artesonados y jardines; ni el de Alhakem II, sin que vayan á él unidos los de Abu-Walid, Ahmmed-ben-Ferag y Zahia-ben-Hudheil, escritores que reemplazaron en Córdoba á los Sénecas, los Lucanos y los Marciales, y el recuerdo de los cuatrocientos ó seiscientos mil volúmenes manuscritos que formaban la biblioteca del palacio de Meruan.

Fué á no dudarle Alhakem II, el Octavio de la España árabe, bastando para completar la injusticia con que le apellidaron bárbaro nuestros cronistas, repetir las palabras que decia él á Hixen y que encierran la mas cumplida enseñanza para príncipes y súbditos: «¿Qué placer hay en invadir y destruir pueblos, arruinar estados y llevar los estragos y la muerte á los confines de la tierra? Dénse paz y justicia á los pueblos y no nos deslumbren nunca las falsas máximas de la vanidad. Sea la justicia un lago siempre claro y puro: modérense los ojos; enfrénese el impetu de los deseos; póngase en Dios toda confianza, y llegaremos con serenidad al aplazado término de la vida¹.»

Corte gobernada por tan esclarecido monarca habia de ser, y era en efecto, el foco de la ilustracion de todo el imperio; y como la ilustracion levanta y engrandece á los mas humildes, y así corona con sus puros resplandores la frente del esclavo como la del rey, vióse en la gloriosa época de Alhakem que hasta las mugeres, tan poco consideradas por las razas del Islam, se emanciparon de su servidumbre, añadiendo con sus nombres nuevos timbres de gloria á los que tan legitimamente podia ya ostentar el califato.

El primer nombre de estas célebres mugeres, que no por pertenecer á la familia árabe, dejaron de ser españolas, es el de Radhiya ó la *estrella feliz*. Esclava era y conquistó su libertad con su talento. Abderrahman, comprendiendo que no podia estar en servidumbre

¹ Conde, citando los historiadores árabes.

quien habia nacido para dominar los mundos del espíritu, rompió sus cadenas, y Alhakem II, apreciando en todo su valor á aquella muger superior, la colmó siempre de atenciones y mercedes, que ella le devolvía en fecundos frutos de su clarísimo ingenio.

Poetisa oriental, de pensamientos enérgicos y conceptuosos, cantó en bellísimos versos las grandezas de sus protectores y los triunfos de los ejércitos islamitas; y no contenta con ceñir á sus sienes el laurel de la poesía, aspiró á la fama científica como historiadora, escribiendo obras en las que enlazaba la exactitud de las narraciones con la profundidad de los pensamientos y la elegante y seductora forma de la frase.

Anhelando ensanchar el círculo de sus conocimientos quiso Radhiya hacer un largo viaje al oriente, cuna de la civilizacion humana; y obtenida, no solo la vènia, sino la mas completa aprobacion de Alhakem para tal proyecto, partió seguida de muchos hombres de letras; y al visitar los imponentes monumentos del antiguo Egipto, y al posar su planta sobre las gigantes ruinas de Babilonia y Ninive, inclinaba la cabeza absorbida en profunda meditacion, y terminada esta comenzaba con fácil palabra elocuentes discursos, que escuchaban con verdadero asombro los sabios de su época.

Por desgracia las guerras intestinas que volvieron á desgarrar el califato español á la muerte de Alhakem II, y el disculpable encono con que todo lo que procedia de la raza invasora fué destruido por los cristianos en su reconquista, han hecho desaparecer las obras de esta célebre islamita, hallándose limitadas á las escasas noticias que hemos apuntado, las que conserva la historia acerca de ella¹. Pero así y todo, su nombre ha pasado á la posteridad rodeado de la envidiable aureola del talento, para borrar en union de otros no menos esclarecidos, el desprecio con que se ha calificado sin distincion de razas, á los sectarios de Mahoma.

Conde, citando los historiadores árabes.

II.

Doncella de singular hermosura, respetada y enaltecida por Alhakem, que le cedió habitacion en su mismo alcázar, docta en gramática y poesía, en aritmética y ciencias exactas, fué Lobna otra de las célebres cordobesas que contribuyeron con las luces de su ingenio á engrandecer la corte del califa. Dotada de singular elegancia para escribir, y de atinada prudencia para aconsejar, era la persona á quien el rey confiaba los mas reservados negocios de su imperio y la consulta de sus leyes y ordenanzas. No había en palacio quien la igualara en agudeza de conceptos y en el encanto de sus rimas: y respetada hasta del mismo califa, transmitió como Radhiya su nombre á la historia, aunque sin lograr lo mismo que aquella, salvar sus obras del olvido.